

TEMA 4 [E]

¿LA SEXUALIDAD COMO CONSUMO?

Adolfo Chércoles Medina SJ

A. Visión de Freud:

[E] 1º: la felicidad como disfrute de la sexualidad (la sexualidad como consumo):

[a]- La satisfacción de todas las energías sexuales no proporcionarían progreso alguno [25]

Y es que no podemos olvidar que el dejar sin más al ser humano que satisfaga sus apetencias sexuales no es salida. En **Sobre la degradación general de la vida erótica** (1912) confiesa que si los hombres satisficiesen plenamente sus energías sexuales, *no podrían ya libertarse de tal placer y no realizarían progreso alguno*¹, aunque, como hemos visto, estos rendimientos culturales tienen el riesgo, si se fuerzan excesivamente sin contar con la capacidad del sujeto, de desembocar en neurosis. Aquí se impone la pregunta: ¿hay alguna posibilidad de encauzar el proceso civilizador sin frustrar ‘satisfacciones’ que nuestra sexualidad al parecer requiere? Si el proceso cultural toma su energía de una sexualidad (que es ‘plástica’), ¿no sería posible ‘educar’ dicha energía de tal modo que desembocase en una situación de equilibrio? [25]

[b]- La sexualidad es incompatible con la arbitrariedad [36]

Es importante resaltar que **Freud** exige que el médico (psiquiatra) tenga tal control de su sexualidad que pueda ser un referente para el enfermo: sólo así podrá objetivar al paciente y éste podrá tomarlo como modelo. Y es que la sexualidad humana, en cuanto tal, es lo más opuesto a cualquier tipo de arbitrariedad. En efecto, en un artículo importante, **Observaciones sobre “el amor de transferencia”** (1914), en el que desarrolla el fenómeno clave de la ‘transferencia’, esa relación dramática que se establece entre el paciente y el médico, en la que el conflicto reprimido y, por tanto, inconsciente se vivencia con toda su fuerza con el médico: “¡la paciente se enamora del médico!”. Pues bien, ante esta situación advierte seriamente al psicoanalista que no consienta lo más mínimo con dichos sentimientos, que expresan una realidad ‘inconsciente’ que no corresponde a la forma en que los está experimentando: *Así, pues, los motivos éticos y los técnicos coinciden aquí para apartar al médico de corresponder al amor de la paciente. No cabe perder de vista que su fin es devolver a la enferma la libre disposición de su facultad de amar, coartada ahora por fijaciones infantiles, pero devolvérsela no para que la emplee en la cura, sino para que haga uso de ella más tarde, en la vida real, una vez terminado el tratamiento*². ¡Importante esta coincidencia entre ‘técnica’ y ‘ética’!

¹ **Sobre la degradación general de la vida erótica** (1912), p 1717

² **Observaciones sobre “el amor de transferencia”** (1914), pp 1695-6

Por tanto, el comportamiento que se exige al médico indica la meta que el problemático desarrollo de nuestra sexualidad debe alcanzar. Si exigimos una postura ‘correcta’ en el médico, quiere decir que la sexualidad humana está llamada a alcanzar una corrección. Parece ser que consiste en “la libre disposición de su facultad de amar” (¡que no es ‘dejarse llevar’ por lo que siente!), pero para ejercerla “más tarde en la vida real”, y no en unas circunstancias provocadas por la labor analítica, y por tanto artificial.

Por eso, a continuación en el mismo artículo insiste: *Por mucho que [el médico] estime el amor, ha de estimar más su labor de hacer franquear a la paciente un escalón decisivo de su vida. La enferma debe aprender de él a dominar el principio del placer y a renunciar a una satisfacción próxima, pero socialmente ilícita, en favor de otra más lejana e incluso incierta, pero irreprochable tanto desde el punto de vista psicológico como desde el social. Para alcanzar un tal dominio, ha de ser conducida a través de las épocas primitivas de su desarrollo psíquico y conquistar en este camino aquel incremento de la libertad anímica que distingue a la actividad psíquica consciente -en un sentido sistemático- de la inconsciente. Ahora bien, esta responsabilidad del médico no se puede dar por asegurada de antemano, pues ha de superar varios ‘adversarios’, tanto dentro como fuera del análisis. Veamos cómo lo formula: De este modo, el psicoterapeuta ha de librar un triple combate: en su interior, contra los poderes que intentan hacerle descender del nivel analítico; fuera del análisis, contra los adversarios que le discuten la importancia de las fuerzas instintivas sexuales y le prohíben servirse de ellas en su técnica científica; y en el análisis, contra sus pacientes, que al principio se comportan como los adversarios, pero manifiestan luego la hiper-estimación de la vida sexual que los domina, y quieren aprisionar al médico en las redes de su pasión, no refrenada socialmente.*³

De nuevo sale el término ‘dominio’, al que califica con toda naturalidad de ‘irreprochable’, dominio que difícilmente alcanzará la paciente si no lo ve en el médico. Pero tenemos que resaltar una frase iluminadora de cara a lo que buscamos en este trabajo (¿“tiene algún sentido nuestra sexualidad”? En efecto, parece ser que el logro que debe pretender el tratamiento consiste en “conquistar aquel incremento de la libertad anímica que distingue a la actividad psíquica consciente de lo inconsciente”. La sexualidad, por tanto, no tiene sentido en sí misma, sino que ha de ser respondida personalmente por cada uno desde una auténtica ‘libertad anímica’ consciente.

Venimos insistiendo en la necesidad intrínseca de que nuestro ‘instinto sexual’ ha de trascenderse, y en el comportamiento ‘correcto’ que exige al médico vemos reflejada claramente esa responsabilidad profesional que no podía aprovecharse de las circunstancias del tratamiento para satisfacer su propia pasión, y ahora nos da la razón: porque “*la enferma debe aprender de él a dominar el principio del placer*”. Pues bien, esta necesidad de ser dominado el único principio que rigió en nuestra infancia que no es otro que el del placer, ha de ser el logro irrenunciable de nuestra madurez. Es decir, la sexualidad parece ser, como venimos constatando, no tiene sentido en sí misma como fuente de placer (autoerotismo) que es como empieza en nuestra infancia (¡el ‘principio del placer’ no necesita tener ningún sentido ‘consciente’!). [36-37]

[c]- Ni el matrimonio ni la libertad sexual ilimitada

³ Observaciones sobre “el amor de transferencia” (1914) p 1696

proporcionan la plena satisfacción [16-17]

En efecto, esta idea nos la encontramos también en **Sobre una degradación general de la vida erótica** (1912): *El daño de la prohibición inicial del goce sexual se manifiesta en que su ulterior permisión en el matrimonio no proporciona ya plena satisfacción. Pero tampoco una libertad sexual ilimitada desde un principio procura mejores resultados. Es decir, haya ‘prohibición inicial’ o ‘libertad ilimitada desde un principio’, el resultado es igualmente frustrante. Y una primera razón de esta paradoja es que no es difícil comprobar que la necesidad erótica pierde considerable valor psíquico en cuanto se le hace fácil y cómoda la satisfacción. Para que la libido alcance un alto grado es necesario oponerle un obstáculo, y siempre que las resistencias naturales opuestas a la satisfacción han resultado insuficientes, han creado los hombres otras, convencionales, para que el amor constituyera verdaderamente un goce. Es decir, es una ‘comprobación’, no una teoría, es la constatación de algo real: la ‘fácil y cómoda satisfacción’ quita ‘valor psíquico’ a la vida ‘erótica’, y al parecer, esto lo ha intuido siempre el ser humano. Y sigue aportando datos: en épocas en las que la satisfacción erótica no tropezaba con dificultades (por ejemplo, durante la decadencia de la civilización antigua), el amor perdió todo su valor, la vida quedó vacía y se hicieron necesarias enérgicas reacciones para restablecer los valores afectivos indispensables, constatación no carente de importancia en los tiempos que corremos. Por último, termina reconociendo que puede afirmarse que la corriente ascética del cristianismo creó para el amor valoraciones psíquicas que la antigüedad pagana no había podido ofrendarle jamás. Esta valoración alcanzó su máximo nivel en los monjes ascéticos, cuya vida no era sino una continua lucha contra la tentación libidinosa.*⁴

Siempre me ha impresionado la honestidad de este hombre de cara a aceptar datos que en principio podían chocar con teorías suyas. Nadie podría imaginarse este reconocimiento de la ‘ascética’ cristiana de cara a la ‘valoración psíquica del amor’. Otra cosa es su comentario acerca de los ‘monjes ascéticos’, opinión que veremos más adelante matizará con creces.

En conclusión, ni ‘prohibición’ ni ‘libertad’ aseguran la completa satisfacción, pero sin embargo reconoce que una ascesis da valor a la experiencia psíquica del amor. Más adelante nos aportará una observación que en parte irá aclarando esta paradoja.

A esta posible incapacidad de la sexualidad humana de alcanzar la suprema satisfacción (incapacidad que no hay que interpretar como mera carencia ya que parece posibilitar la cultura), hay que añadir otras peculiaridades de nuestro instinto, gracias a la aguda observación de **Freud**.

[d]- Felicidad no es sinónimo de ‘pleno placer’: la frustración no es anormalidad [45-47]

Normalidad de nuestra sexualidad y felicidad

En este contexto es interesante recordar algo que comenta en **El malestar en la cultura**. Allí alude a casos de ‘una pequeña minoría’ que ‘logra hallar la felicidad por la vía del amor’, pero este logro es posible porque ‘se independizan del consentimiento del objeto’.

⁴ **Sobre una degradación general de la vida erótica** (1912) p 1715

En efecto, el gran riesgo de todo amor es la pérdida del ‘objeto’ amado. Pues bien, la manera de protegerse consiste en acentuar ‘la acción de amar’ en detrimento de la tendencia más primitiva que era la ‘experiencia de ser amado’, ‘dirigiendo su amor en igual medida a todos los seres en vez de volcarlo sobre objetos determinados’ que pueden fallar. De esta forma, ‘evitan las peripecias y defraudaciones del amor genital, desviándolo de su fin sexual’, o lo que es lo mismo, ‘transformando el instinto en un impulso coartado en su fin’ [transformación de gran importancia que analizaremos en el tema sexto]. Pero veamos la frase con que termina este párrafo: “El estado en que de tal manera logran colocarse, esa actitud de ternura etérea e imperturbable, ya no conserva gran semejanza exterior con la agitada y tempestuosa vida amorosa genital de la cual se ha derivado.” Efectivamente, la ‘agitación’ y ‘tempestuosidad’ de lo genital no tiene nada que ver con la ‘ternura imperturbable’, aunque sea ‘etérea’, pero parece ser que la mera ‘genitalidad’ no crea ‘lazos duraderos’ como veremos más adelante. ¿Qué es lo normal?

¿Felicidad sinónimo de pleno placer?: la frustración no es anormalidad.

Aquí nos encontramos con un problema que conviene abordar, pues fácilmente lo viviremos como un callejón sin salida si partimos de principios que hoy rigen como indiscutibles. El ‘logro’ perfecto parece ser que nunca se da (sobre todo si pretendemos describirlo como único), pero si además el horizonte está equivocado, la cosa se complica mucho más. Si la meta es alcanzar la suprema felicidad y esta se la liga al pleno placer, no parece tener mucha salida el planteamiento. Veamos la observación que Freud hace a propósito de la frustración, y hasta qué punto es correcto considerar a ésta como responsable de la enfermedad: *Ante la frustración real de la satisfacción no existen sino dos posibilidades de mantenerse sano: transformar la tensión psíquica en una acción orientada hacia el mundo exterior, que acabe por lograr de él una satisfacción real de la libido, o renunciar a la satisfacción libidinosa, sublimar la libido estancada y utilizarla para alcanzar fines distintos de los eróticos y ajenos, por tanto, a la prohibición. El hecho de que la desdicha no coincida realmente con la neurosis, y el de que la frustración no sea el único factor que decida sobre la salud y la enfermedad del individuo a ella sujeto, nos indica que ambas posibilidades tienen efecto real en los destinos de los hombres.*⁵

‘La desdicha no coincide con la neurosis’. Es decir, podemos carecer de satisfacciones todo lo apetecibles que queramos, pero eso no quiere decir que dicha situación desemboque en desequilibrio. Todos somos conscientes de la complejidad del término felicidad, pero sea cual sea su contenido, si la identificamos con el logro del ‘placer’ en cuanto satisfacción de las tendencias sexuales libres, entramos en un callejón sin salida: si son ‘efímeras’ y están llamadas a ‘extinguirse en la satisfacción’, la frustración puede ser permanente, porque el supuesto logro la lleva incorporada.

Pero es que tampoco ‘la frustración es el único factor que decide sobre salud o enfermedad’. Es importante esta desconexión, pues debería desmontar la identificación contrapuesta: todo aquello que nos resulta placentero, promueve nuestra salud. Ya nos advirtió más arriba que el mantener el principio del placer como norma de comportamiento, retrasando la instauración del principio de realidad, era un riesgo.⁶ Pero podemos añadir algunas otras

⁵ Sobre las causas ocasionales de la neurosis (1912) p 1718

⁶ Más allá del principio del placer (1919-20) p 2509

observaciones sobre este tema que encontramos a lo largo de su obra.

En efecto, en una de sus cartas a **W. Fliess** le desea lo mejor así: *que te sea evitado el mínimo vestigio de sufrimiento y enfermedad, salvo el estrictamente necesario al ser humano para la adaptación de sus fuerzas y para gozar de lo bueno merced a su comparación con lo malo.*⁷ Es el sentido realista de este hombre tan ajeno a la ‘ilusión’. ¿Podemos ‘adaptarnos’ a una realidad, que nunca coincide con nuestras expectativas, sin ‘sufrimiento’, o descubrir lo ‘bueno’ si no es en contraste con lo ‘malo’?

[e]- Sospecha de si *habría algo inherente a la propia esencia de la función sexual que nos priva de satisfacción completa, impulsándonos a seguir otros caminos* [52]

A estas alturas podemos hacernos una pregunta nada trivial y que como veremos se hace el propio **Freud**: ¿es esencial en la ‘función sexual’ su imposibilidad de satisfacción completa? Los verdaderos ‘logros’ ¿no habría que buscarlos por los ‘instintos coartados en su fin’ y por la ‘sublimación’?

En efecto, a pesar de su constatación de *que quizá tengamos derecho a aceptar que [nuestra vida sexual] ha experimentado un sensible menoscabo en tanto que fuente de felicidad, es decir, como recurso para realizar nuestra finalidad vital. A veces creemos advertir que la presión de la cultura no es el único factor responsable, sino que habría algo inherente a la propia esencia de la función sexual que nos priva de satisfacción completa, impulsándonos a seguir otros caminos. Puede ser que estemos errados; pero es difícil decirlo.*⁸ ¿No habría que relacionar este interrogante con su constatación de que todo lo que se puede satisfacer está llamado a extinguirse en la satisfacción? La creación de ‘lazos duraderos’ que él admite por la vía de los ‘instintos coartados en su fin’ o por la ‘sublimación’, ¿no serían el gran logro que la sexualidad del ser humano en cuanto tal tendría? Son interrogantes que intentaremos aclarar en temas posteriores. Ahora tan sólo nos las planteamos.

“No están maduras”.

Siempre me ha interpelado la fábula de Samaniego (¿Esopo?) de “la zorra y las uvas”. Ante la imposibilidad de alcanzar el racimo de la parra por muchos saltos que daba, desiste diciendo que ‘no están maduras’. Ante la imposibilidad de ‘logros’ soñados, siempre podemos tener la salida consoladora, pero nada más, de que ‘no merecía la pena’. Esto alivia la frustración, pero nada más. ¿Son, realmente, los ‘instintos coartados en su fin’ y la ‘sublimación’ una alternativa a las expectativas soñadas, pero repetidamente frustradas en la ‘satisfacción’ o van más lejos? Dicho de otra forma, no es lo mismo la satisfacción de lo que se consume (que deja harto), que el logro que dinamiza (que deja lleno).

Con el tono pesimista que le caracteriza en más de una ocasión, termina su obra preguntándose: *muchas veces, en el curso de la historia humana, las tendencias consideradas como insuperables fueron descartadas y sustituidas por otras. Así, me falta el ánimo necesario para erigirme en profeta ante mis contemporáneos, no quedándome más remedio*

⁷ Los orígenes del psicoanálisis (1898-1902) p 3612

⁸ El malestar en la cultura (1929) p 3042-3

que exponerme a sus reproches por no poder ofrecerles consuelo alguno. Pues, en el fondo, no es otra cosa lo que persiguen todos: los más frenéticos revolucionarios con el mismo celo que los creyentes más piadosos.⁹ Pero ¿y si uno de estos ‘consuelos’ no es ilusorio porque no nos saque de la realidad?

[f]- Los instintos sexuales directos están llamados a extinguirse en la satisfacción [38]

El instinto sexual está ‘llamado a extinguirse en la satisfacción’.

Pero más convincente, quizás es la observación siguiente, que hace en su obra **Psicología de las masas y análisis del yo** (1920-1): *Es muy interesante observar, que precisamente las tendencias sexuales coartadas en su fin son las que crean entre los hombres lazos más duraderos. Pero esto se explica fácilmente por el hecho de que no son susceptibles de una satisfacción completa, mientras que las tendencias sexuales libres experimentan una debilitación extraordinaria por la descarga que tiene efecto cada vez que el fin sexual es alcanzado. El amor sensual está destinado a extinguirse en la satisfacción. Para poder durar, tiene que hallarse asociado desde un principio a componentes puramente tiernos, esto es, coartados en sus fines, o experimentar en un momento dado, una transposición de este género.*¹⁰

Como vemos aquí no se trata de una teoría, sino de una constatación al alcance todos, a la que añade su explicación. Es decir, aporta un dato y saca conclusiones. La obviedad de la cita le da un alcance especial: en efecto, lo que ‘es susceptible de una satisfacción completa’ ‘está destinado a extinguirse en la satisfacción’. Se podría formular de distintas maneras, aunque todas ellas responden a la misma lógica: todo ‘apetito’ supone una carencia, que cuando se alcanza desaparece; todo ‘estímulo’, una vez que se le ha dado respuesta, deja de estimularnos; una necesidad, una vez satisfecha, deja de experimentarse; todo fin alcanzable, una vez logrado, deja de dinamizarnos; y así podríamos seguir indefinidamente. Ahora bien, tanto el apetito, como el estímulo, la necesidad o el fin pretenden cosas alcanzables y concretas que de una u otra forma se ‘consumen’. Dicho con las palabras de **Freud**, ‘lo que es susceptible de una satisfacción completa’, ‘está llamado a extinguirse en la satisfacción’.

Pero esta ‘frustración’, tantas veces constatada por el ser humano, parece no darse en aquello que no es consumible. Él nos habla en la cita de “tendencias sexuales coartadas en su fin”. Pero este término ‘técnico’ nos lo concreta en dos realidades: “componentes puramente tiernos, esto es, coartados en sus fines”, “o experimentar en un momento dado una transposición de este género”. Prescindamos, por el momento, de lo segundo y centrémonos en el primero.

En efecto, la ternura no es consumible, **me pone en juego**, que no es lo mismo. Así como lo consumible satisface una parcialidad, una necesidad concreta, lo que no pretende un fin concreto alcanzable no puede conseguir una satisfacción ‘completa’, que es lo que provocaría su extinción al ser satisfecha: ¡No puede ‘hartar’! [38-39]

⁹ El malestar en la cultura (1929) p 3067

¹⁰ Psicología de las masas y análisis del yo (1920-1) p 2591

B. Experiencias-vivencias:

[E] 1º: la felicidad como disfrute de la sexualidad (la sexualidad como consumo).

Este apartado va a tener siete epígrafes, por tanto su alcance lo comprenderemos al final. Sin embargo, quiero de nuevo traer una consideración de **P. Bruckner** sobre la felicidad:

-Nuestras certezas sobre este tema son negativas: **no sabemos lo que es una buena vida, sabemos lo que es la mala, la que no deseamos a ningún precio.** No me diga usted lo que debe ser una vida realizada, cuénteme la suya, cuénteme la transfiguración de sus fracasos en una empresa que tenga sentido para todos. Si bien no podemos evitar hacernos la pregunta, tenemos que evitar responder por miedo a cerrar el abanico, a acabar con las posibilidades.

Sabemos de personas cargadas de honores y de medallas que consideran estas condecoraciones un entierro anticipado; ya los han catalogado para siempre. Abstengámonos de conclusiones, démosle a cada cual la posibilidad de caer, de volver a levantarse, de extraviarse, sin encerrarlo en un juicio. Hay algo cierto en la teoría de la reencarnación: es aquí abajo donde podemos vivir numerosas existencias, renacer, volver a empezar, abandonar un camino por otro. **Lo esencial es poder decir “he vivido” y no “he vegetado”.** Nunca estamos ni salvados ni condenados; y todos moriremos en algún lugar de lo inacabado.¹¹

En efecto, la ‘vida realizada’ no podemos prefijarla; cada uno tiene que ‘realizar’ la suya. Lo que sí es verdad es que ‘vegetando’ no se llega a ningún sitio. Vivir es afrontar una realidad (que nunca es ideal) como posibilidad y, por tanto, el resultado normalmente será ‘sorprendente’, nunca predeterminado. Si esto es verdad, en ningún caso podemos admitir que el mero ‘disfrute’ dé respuesta al reto de sentirse ‘realizado’.

Sin embargo, en la misma obra, plantea una problemática que tiene que ver con lo que acabamos de formular: que ‘la vida realizada’ no puede programarse, sino que hay que ‘afrontarla’. Pero ¿en qué consiste este afrontar?:

-Según Robert Mirashi, “la vida feliz implica una experiencia cualitativa donde se dan cita la satisfacción y el significado, es decir, la densidad de una presencia de acuerdo consigo misma y la coherencia de un sentido deseado y realizado”. Por el contrario, nos parece que un momento de felicidad es un momento robado a la tiranía del sentido, una tregua en la duración, la desaparición provisional de la inquietud. Estar contento, reír o abrazar a los seres que amamos no quiere decir nada, pero sienta bien. ¿Por qué tendría la felicidad que necesitar un sentido como un cojo su muleta? Su divina diablura es que nos premia sin razón, que estalla como una fanfarria o se cuele entre los días de modo subrepticio para eclipsarse de la misma manera. Quizá la mayor felicidad sea la que tiene un elevado grado de arbitrariedad, la que no es objeto de ninguna espera, de ningún cálculo, la que nos cae encima como un don del cielo, suspende el curso del tiempo y nos deja desconcertados, maravillados, transidos. (Y también podemos volver a visitar la humilde morada del pasado y encontrar en ella muchos momentos en los que fuimos felices sin saberlo)¹²

Aquí confunde ‘sentido’ y ‘significado’ con programación. Cuando decíamos, comentando la cita anterior que la realización propia es sorpresiva, es en el sentido de que sus concreciones

¹¹ **P. Bruckner, La euforia perpetua**, Tusquets, Barcelona 2001, pp. 154-5

¹² **P. Bruckner, La euforia perpetua**, Tusquets, Barcelona 2001, pp. 123-4

circunstanciales no hay quien las domine, pero como seres inteligentes necesitamos una ‘vectorialidad’, un sentido que dé contenido a una búsqueda, a la vida, pues de lo contrario todo quedaría en ‘tener suerte’, y más allá de la suerte, cuando uno se mueve por algo que le llena y le da significado, aun careciendo de 'suerte', se siente realizado.

Esto supuesto, empecemos la confrontación con los distintos epígrafes:

[a]- La satisfacción de todas las energías sexuales no proporcionarían progreso alguno [25]

Y voy a empezar con un texto de **Gandhi**, una persona que nadie pondrá en duda que se sintió realizado. Pues veamos lo que opina sobre “el control de natalidad”, en aquellos momentos totalmente incipiente:

-No puede haber dos opiniones sobre la necesidad del control de natalidad. El único método transmitido de generación en generación es el autocontrol, o *brahmacharya*. Es un remedio soberano e infalible que hace bien a quienes lo practican.

Y los médicos merecerían la gratitud de la humanidad si, en lugar de inventar métodos artificiales de control de la natalidad, descubrieran el medio del autocontrol. La unión sexual no está en función del placer, sino de la procreación. Y es un delito cuando el deseo de procrear está ausente. Los métodos artificiales son como la concesión de un premio al vicio. Hacen que el varón y la mujer se vuelvan imprudentes. Y el respeto que se tiene a estos métodos acelerará necesariamente la disolución de las limitaciones que la opinión pública nos impone. La opción de métodos artificiales tendrá como resultado necesario la imbecilidad y la postración nerviosa. El remedio será peor que la enfermedad. Es erróneo e inhumano que tratemos de librarnos de las consecuencias de nuestros actos. Si una persona come en exceso, es bueno que sienta dolor y ayune. Es malo que coma sin control y después se libre de las consecuencias de sus actos tomando medicinas. Y es aún peor que una persona dé rienda suelta a sus pasiones animales y se libre de las consecuencias de sus actos. La naturaleza es implacable y se venga rigurosamente cada vez que se violan sus leyes. El progreso moral sólo puede producirse cuando se aplican limitaciones morales. Todas las demás limitaciones son una traición al propósito para el que han sido concebidas. El razonamiento que subyace al uso de los métodos artificiales es que la satisfacción de las necesidades egoístas es una necesidad vital. Nada puede ser más falaz... El modo de vida actual tiene también mucho que ver con el mal de una procreación desenfrenada. Si se investigara y abordaran estas causas, la sociedad se elevaría moralmente. Si son ignoradas por fanáticos impacientes, y si los métodos artificiales llegan a estar a la orden del día, el único resultado será la degradación moral. Una sociedad que ya está debilitada por diferentes causas se debilitará aún más con la adopción de métodos artificiales. Por tanto, lo mejor que pueden hacer quienes abogan alegremente por los métodos artificiales es estudiar este tema de nuevo, detener su perjudicial actividad y popularizar el *brahmacharya* tanto para los cónyuges como para las personas no casadas. Éste es el único medio noble y honrado de control de la natalidad.¹³

Dijimos que, ante todo, nuestra confrontación debería ser con vivencias, no teorías. Es evidente que el que escribe esto está convencido de ello y, lo que es más importante, lo vive. Algunas de sus afirmaciones nosotros las matizaríamos, pero la seguridad y despreocupación con que en la actualidad se trata este tema es para preocuparse. Su frase: *la unión sexual no está en función del placer, sino de la procreación. Y es un delito cuando el deseo de procrear está ausente*, nosotros la modificaríamos, pero lo que parece no ser verdad es que sencillamente esté en función tan sólo del ‘placer’. Como veremos más adelante, puede ser expresión, no sólo del acto procreador, sino de una entrega en la que el ‘egoísmo’, al que

¹³ **Gandhi, Mi religión**, Sal Terrae, 2007, pp 191-2

Gandhi alude, no es precisamente su móvil. La ternura, a la que Freud nos remitirá, estaría fuera de esa absolutización del placer.

Pero la otra idea que quiero destacar es: *El progreso moral sólo puede producirse cuando se aplican limitaciones morales*. Creer que *la satisfacción de las necesidades egoístas es una necesidad vital*, es sencillamente falaz. Por tanto, *si los métodos artificiales llegan a estar a la orden del día (y lo están ya), el único resultado será la degradación moral*. ¿Puede hacernos más ‘morales’, lo que nos ahorra cualquier tipo de autocontrol? En el epígrafe que confrontamos, Freud afirma que *la satisfacción de todas las energías sexuales no proporcionaría progreso alguno*. Aquí Gandhi se refiere a un progreso moral. ¿Tiene razón o no? A veces suelo comentar que la humanidad no tiene nada que agradecer al que solo ha pretendido en su vida conseguir el mayor placer posible: ¿qué progreso nos ha aportado?

Como lo único que pretendemos es la mera confrontación vivencial, sin caer en teorías más o menos contrapuestas, voy a traer otra cita de **Gandhi** en la que nos confiesa otra constatación suya:

-... Mi continencia y mi no violencia fueron el resultado de mi experiencia personal y se me antojaron necesarias como respuesta a las exigencias del deber público. La vida aislada que tuve que llevar en Sudáfrica –como cabeza de familia, abogado, reformador social o político- me exigió, para el debido cumplimiento de esos deberes, la más estricta regulación de mi vida sexual y una práctica rigurosa de la no violencia y la verdad en las relaciones humanas, tanto con mis compatriotas como con los europeos... No tengo duda de que cualquier persona puede lograr lo que yo he alcanzado, con tal de que haga los mismos esfuerzos y tenga la misma esperanza y la misma fe.¹⁴

Curiosamente, descubre una sugerente conexión entre *regulación de la vida sexual, no violencia y la verdad en las relaciones humanas*. ¿Es válida esta conexión? Si consigo la regulación de algo tan central en mi vida, ¿no estaré más capacitado para regular otras cosas? Un instinto tan fuerte y totalizante, si le permitimos que ejerza una hegemonía total, ¿favorecerá lo que la ‘no violencia’ requiere? Y, por último, cuando la mera atracción autónoma (¡no regulada!) es la que rige una relación ¿dónde queda la persona, a qué se ve reducida? Pero esto no es una teoría, sino una tarea, que no puede llevarse a cabo sin ‘esfuerzos’, impulsados por una ‘esperanza’ y sostenidos por una ‘fe’ que nos da consistencia. No es, en absoluto, un horizonte de renunciaciones, sino una meta que dinamiza y da contenido a toda una vida.

Y en este contexto quiero hacer referencia a **Ortega y Gasset**, que analizando los logros de la era industrial, constata que el individuo *“cada día su posición era más segura e independiente del arbitrio ajeno. Lo que antes se hubiera considerado como un beneficio de la suerte, que inspiraba humilde gratitud hacia el destino, se convirtió en un derecho que no se agradece, sino que se exige.”*¹⁵ Esta actitud no es intrascendente, sino que hace surgir al ‘hombre-masa’ que, como ‘niño mimado’, se comporta como el ‘heredero aristócrata’. ‘La sobra de medios... atrofia su vida’ porque *‘toda vida es lucha, el esfuerzo por sí misma’*. Si a esta situación añadimos un instinto autónomo al que se ofrece un placer sin límites, lo que nos reducía a *‘disfrutar de una herencia’*, a disponer de un narcótico que nos encierra en un hedonismo sin ‘esfuerzo’ que no necesita un horizonte de esperanza porque todo se posee en un presente satisfactorio que nos adormece en una vida sin tarea.

¹⁴ **Ibidem**, Sal Terrae, 2007, pp 262

¹⁵ **José Ortega y Gasset, La rebelión de las masas**, Ed. Austral, p 110

Por último veamos cómo **von Hildebrand**, desde una dimensión cristiana, remite a esa tarea ‘purificadora’ irrenunciable en todo creyente:

-[...] La purificación de esos vestigios del espíritu del “mundo”, de esas huellas de la concupiscencia de los ojos, de la concupiscencia de la carne y de la soberbia de la vida, ha sido considerada desde siempre como una condición previa e indispensable para la unión suprema afectiva, propia de la esposa de Cristo. Esta es la labor de la ascesis, conseguir esa purificación. Exige de nosotros una renuncia al uso de los bienes legítimos, aun cuando no se incluya una manifestación de esos restos de orgullo y de concupiscencia; la exige porque esa renuncia ahoga ciertos instintos primitivos y asegura la soberanía del yo humilde y respetuosamente amante sobre el orgullo y la concupiscencia.

[...] (Cfr. prácticas de mortificación) Pero normalmente son medios de mortificación en el sentido de que constituyen un ejercicio apto para abrir el camino de la victoria del yo, lleno de amor humilde y respetuoso, sobre el orgullo y la concupiscencia. En esa busca de sufrimientos, es evidente que no se trata de comprimir en concreto un acceso de orgullo y de concupiscencia, sino que se tiende solamente a interrumpir el bienestar normal, en sí inofensivo, con el fin de liberar más generalmente a la persona espiritual de su debilidad respecto al cuerpo y a la esfera de los instintos.¹⁶

En un contexto tan alérgico a todo lo que huele a ‘ascesis’, no está mal preguntarnos qué nos parece este planteamiento y confrontarlo con nuestras actitudes. En efecto, apunta a la purificación de los restos de ‘orgullo y concupiscencia’ para asegurar “*la soberanía del yo humilde y respetuosamente amante*”. ¿Hay otra alternativa? ¿Un yo prepotente y sin respeto puede amar? Si nuestra ansia de placer y poder nos dominan, ¿hay espacio para amar? Si el amor no es ‘humilde y respetuoso’, ¿puede llamarse amor? La mortificación ¿no es acaso un instrumento irrenunciable de liberación de las exigencias de nuestro cuerpo y de nuestros instintos? No olvidemos el epígrafe que estamos confrontando: **la satisfacción de todas las energías sexuales no proporcionarían progreso alguno**. Pero dichas energías no están programadas en el ser humano por una trama instintual. Se impone, por tanto una **ascesis** y una **mortificación** que posibiliten nuestro control y no quedar a merced de algo que ‘no proporcionaría progreso alguno’.

Pero pasemos al siguiente epígrafe, complementario del anterior:

[b]- La sexualidad es incompatible con la arbitrariedad [36]

En efecto, si ‘la satisfacción de todas las energías sexuales’ no posibilita progreso alguno (epígrafe anterior), supone que la sexualidad **humana** encierra otra tarea que no se agota en ella misma: está llamada a dinamizar a la persona, a hacerla crecer (**progresar**) y no agotarse en el mero ‘consumo’. Esto quiere decir que **es incompatible con la arbitrariedad**, si pretende **ser humana**. Pero confrontemos esta afirmación con algunas vivencias.

Y empecemos con **S. Agustín**. Se nos ha presentado, a veces, como prototipo de la ‘represión’ sexual (en el sentido de rechazo sin más a toda esta materia como algo en sí negativo y pecaminoso) y no como un ‘experto’ en su vivencia personal, no precisamente desde la negación sino desde una desinhibición total, y cuya conversión no fue algo instantáneo sino un proceso penoso y desgarrador que desembocó en una plenitud gozosa. Pues bien, veamos cómo plantea el problema en un contexto totalmente licencioso, nada ajeno al nuestro:

-... **Lo que ella (mi madre) quería, y recuerdo con qué inquietud apasionada ella me lo recomendó**

¹⁶ **Dietrich von Hildebrand, Pureza y virginidad, Ed. Desclée de Brouwer, 6ª ed. 1966, pp 162-3**

secretamente, era que no fornicase, y sobre todo que me guardase de seducir a la esposa ajena.

Yo lo consideraba opiniones de mujer, que me hubiese ruborizado escucharlas. Pero venían de Ti, y yo lo ignoraba; yo creía que callabais, que sólo ella hablaba, ella por la cual Tú me hablabas; y era a Ti a quien despreciaba en ella, yo su hijo, “hijo de tu sirvienta y servidor tuyo” (Ps 115, 16). Pero yo no lo sabía, y me precipitaba a mi pérdida, ciego hasta el punto de que, entre los muchachos de mi edad, sentía vergüenza de mi inferioridad en la vergüenza; pues les oía alabarse de sus villanías y glorificarse tanto más cuanto más infames eran; y me gustaba hacer igual que ellos, no solamente por el gusto de hacerlo, sino también por vanagloria. ¿Qué hay de reprochable más que el vicio? Yo, por temor a los reproches, me volvía vicioso, y a falta de crimen real que me igualase con los más corrompidos, fingía haber hecho lo que no había hecho; temía parecer tanto más despreciable cuanto más inocente era, y tanto más vil cuanto más casto.¹⁷

Preciosa descripción de la dimensión ‘fanfarrona’ que la sexualidad lleva consigo. La ostentación en esta materia siempre ha sido ‘obligada’. No ser el ‘primero’ en esto, al parecer, siempre se ha vivido como algo excluyente. La vivencia de S. Agustín no puede ser más ‘contemporánea’. Pero es interesante, frente a esta arbitrariedad ostentosa, el consejo de la madre tiene un acento interesante: frente a la formulación escueta del ‘no fornicar’, el acento de mayor alcance del segundo consejo: ‘y **sobre todo** que me guardase de seducir a la esposa ajena’.

La confrontación siguiente va a ser con un texto peculiar. Está sacado de la novela de **Javier Marías, Tu rostro mañana**. El contexto es el siguiente: el protagonista, separado hace años de su mujer (Luisa), al volver a Madrid de visita procedente de Londres (donde tiene un trabajo un tanto peculiar y oscuro), se encuentra con que Luisa, (que al parecer está saliendo con un pintor, un tal Custardoy), tiene en su rostro señales de haber sido golpeada. Todo esto desencadena en él un ataque de ‘celos’, a pesar de ser tan sólo su ‘ex’, pero al fin y al cabo, es la madre de sus hijos. Esto le lleva a provocar un amedrentamiento a punta de pistola en el que el tal Custardoy da a entender relaciones ‘desconcertantes’ (por decirlo de alguna manera) con la que había sido su esposa. Veamos el ‘monólogo’ que se hace a sí mismo ante las confesiones un tanto ambiguas y confusas del presunto ‘maltratador’:

-...Cuál es el [rostro] de Luisa, que yo creía tener descifrado a todos los efectos y de arriba abajo, del pasado al futuro y del mañana al ayer, y viene este hijo de puta a **hablarme de su sexualidad y a decirme que a él le pide caña en la cama**, es de chiste, no debo creerle ni preguntarme siquiera al respecto, pero las personas cambian y sobre todo descubren cosas, los malditos descubrimientos que nos las quitan y se las llevan lejos, con la joven Pérez Nuix yo descubrí el placer de fingir que no se hace lo que se hace o de simular que no ocurre lo que está ocurriendo, no es lo mismo, creo yo, aquello fue algo político, un juego tácito, pero eso es lo que me diría este cabrón, que es todo un juego, un juego erótico, maldita sea la puta que lo parió, todo es posible pero no puede ser. El ojo morado de Luisa no era un juego, y una mierda era un juego, y sin embargo Custardoy ha dicho “Ya. Qué. Los golpes”, por qué ha utilizado el plural si yo sólo he podido ver uno, quién sabe si bajo su vestido tendrá más, en su cuerpo, en este viaje yo no he visto a Luisa desnuda ni la voy a ver, seguramente no la veré nunca más y este hijo de puta sí, a menos que yo se lo impida...¹⁸

La vivencia de su sexualidad con Luisa, a la que ha querido de verdad (y ahora su ataque de

¹⁷ **San Agustín, Confesiones**, Libro 2º, cap. 3

¹⁸ **Javier Marías, Tu rostro mañana, III Veneno y sombra y adiós**, Santillana Ediciones Generales S.L., Punto de Lectura, S.L. Febrero 2007. Madrid, pp 484-5

celos denota un cariño no extinguido), le lleva a extrañarle (hasta el punto de no ‘creerlo’) las expresiones lúdicas y desenvueltas de Custardoy, al mismo tiempo que compararlas con lo que él denomina ‘*malditos descubrimientos*’: ‘*con la joven Pérez Nuix yo descubrí el placer de fingir que no se hace lo que se hace, o de simular que no ocurre lo que está ocurriendo... aquello fue algo político, un juego tácito... que es todo un juego, un juego erótico...*’ Hay, pues, dos vivencias de la sexualidad, cualitativamente distintas, y en Luisa no parece estar dispuesto a admitir más que una, que no tiene nada de juego... ¿No encierra esto la afirmación de Freud de que la sexualidad humana “no admite la arbitrariedad”...? ‘si quiere ser humana’, añadiríamos nosotros.

Pero esta doble vivencia (una, al parecer, arbitraria -que puede ser designada como juego-, y la otra tan seria, que está dispuesto a ‘impedir’ que el tal Custardoy vuelva a ver desnuda a Luisa...), ¿entran por igual en el campo de los descubrimientos? Por otro lado, los que Javier Marías llama ‘descubrimientos’ los denomina ‘malditos’ y, el que él mismo descubrió con la joven Pérez Nuix: ‘el placer de fingir’, mucho logro no parece asignarle. ¿Será verdad que someter la sexualidad humana a la arbitrariedad es algo incompatible con ella misma, algo ‘maldito’?

En efecto, algo que no está reglamentando, como venimos diciendo, siempre será susceptible de ‘descubrimientos’, pero eso no quiere decir que se convierta en algo arbitrario, sino que tratándose de la persona ha de expresarse en un contexto **personal**. Pues bien, en la sociedad del hombre-masa, como la denominó **Ortega y Gasset**, es posible sin más la arbitrariedad. Por lo pronto es una masa incapaz de ‘dejarse dirigir en ningún orden’:

-...: el mundo organizado por el siglo XIX, al producir automáticamente un hombre nuevo, ha metido en él formidables apetitos, poderosos medios de todo orden para satisfacerlos -económicos, corporales (...), civiles y técnicos (...)-. Después de haber metido en él todas estas potencias, el siglo XIX lo ha abandonado a sí mismo, y entonces, siguiendo el hombre medio su índole natural, se ha cerrado dentro de sí. De esta suerte, nos encontramos con una masa más fuerte que la de ninguna época, pero, a diferencia de la tradicional, hermetizada en sí misma, incapaz de atender a nada ni a nadie, creyendo que se basta; en suma: indócil. Continuando las cosas como hasta aquí, cada día se notará más en toda Europa -y por reflejo en todo el mundo- que las masas son incapaces de dejarse dirigir en ningún orden. En las horas difíciles que llegan para nuestro continente, es posible que, súbitamente angustiadas, tengan un momento la buena voluntad de aceptar, en ciertas materias especialmente premiosas, la dirección de minorías superiores.

Pero aun esa buena voluntad fracasará. Porque la textura radical de su alma está hecha de hermetismo e indocilidad, porque les falta, de nacimiento, la función de atender a lo que está más allá de ellas, sean hechos, sean personas. Querrán seguir a alguien, y no podrán. Querrán oír, y descubrirán que son sordas.

... El simple proceso de mantener la civilización actual es superlativamente complejo y requiere sutilezas incalculables. Mal puede gobernarlo este hombre medio que ha aprendido a usar muchos aparatos de civilización, pero que se caracteriza por ignorar de raíz los principios mismos de la civilización.

... Así, la indocilidad política no sería grave si no proviniese de una más honda y decisiva indocilidad intelectual y moral...¹⁹

‘Una sociedad hermetizada en sí misma, incapaz de atender a nada ni a nadie’, es posible que ‘en las horas difíciles’, ‘súbitamente angustiada’ acepten ‘la dirección de minorías

¹⁹ José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Ed. Austral, pp 120-1

superiores'. Esto, ciertamente no es 'correcto' en nuestro contexto posmoderno, pero el problema es que esta sociedad masificada y desorientada sí busca respuestas, pero desde un 'hermetismo e indocilidad' que va a desembocar en un individualismo autosuficiente, pero carente de '*los principios mismos de la civilización*'. Una cosa es '*usar muchos aparatos de civilización*' y otra muy distinta admitir que la civilización sea algo que puede suscitarla y, lo que es más importante, conservarla un 'individualismo hermético'.

Y para comprender qué quiere decir esa incapacidad de admitir unos principios de la civilización (ésta no surge por generación espontánea), páginas más adelante describe cómo él ve la situación (¡¡¡en los años 30!!!):

-Pues bien: la civilización del siglo XIX es de índole tal que permite al hombre medio instalarse en un mundo sobrado del cual percibe sólo la superabundancia de medios, pero no las angustias. Se encuentra rodeado de instrumentos prodigiosos, de medicinas benéficas, de Estados previsores, de derechos cómodos. Ignora, en cambio, lo difícil que es inventar esas medicinas e instrumentos y asegurar para el futuro su producción; no advierte lo inestable que es la organización del Estado, y apenas si siente dentro de sí obligaciones. Este desequilibrio le falsifica, le vacía en su raíz de ser viviente, haciéndole perder contacto con la sustancia misma de la vida, que es absoluto peligro, radical problematismo. La forma más contradictoria de la vida humana que puede aparecer en la vida humana es el "señorito satisfecho". Por eso, cuando se hace figura predominante, es preciso dar la voz de alarma y anunciar que la vida se halla amenazada de degeneración; es decir, de relativa muerte. Según esto, el nivel vital que representa la Europa de hoy es superior a todo el pasado humano; pero si se mira el porvenir, hace temer que ni conserve su altura, ni produzca otro nivel más elevado, sino, por el contrario, que retroceda y recaiga en altitudes inferiores. Esto, pienso, hace ver con suficiente claridad la anormalidad superlativa que representa el "señorito satisfecho". Porque es un hombre que ha venido a la vida para hacer lo que le dé la gana. En efecto, esta ilusión se hace "el hijo de familia". Ya sabemos por qué: en el ámbito familiar, todo, hasta los mayores delitos, puede quedar a la postre impune... el "señorito" es el que cree poder comportarse fuera de casa como en casa, el que cree que nada es fatal, irremediable e irrevocable. Por eso cree que puede hacer lo que le dé la gana... No es que no se *deba* hacer lo que le dé a uno la gana; es que no se puede hacer sino lo que cada cual *tiene* que hacer, *tiene* que ser. Lo único que cabe es negarse a hacer eso que hay que hacer; pero esto no nos deja en franquía para hacer otra cosa que nos dé la gana. En este punto poseemos una libertad negativa -voluntad-. Podemos perfectamente desertar de nuestro destino más auténtico; pero es para caer prisioneros en los pisos inferiores de nuestro destino.²⁰

El texto no puede ser más lúcido: con la imagen del 'señorito satisfecho' nos describe una situación a la que hemos llegado y de la que 'disfrutamos'. El 'individualismo hedonista' que describe Lipovetsky y el '*can do*' de Bruckner, nos instala en una vivencia aislada hasta tal punto que 'creemos que podemos hacer lo nos dé la gana' ('con tal de no hacer daño a nadie', añadimos para justificar dicha postura, pero sin atrevernos a añadir: 'tengo derecho a destrozarme'). Cuando el hedonismo es el único 'sentido', nunca admitiremos que 'no se puede hacer sino lo que cada cual *tiene* que hacer, *tiene* que ser'. Esta actitud concretada en nuestra dimensión sexual, la deja a merced de la arbitrariedad.

Y aquí entra en juego la estrategia de la **libertad**. Aquello que nos convierte en personas (y, por tanto, nos otorga la capacidad de decidir), puede convertirse en 'una libertad negativa -voluntad-', que nos puede llevar a 'desertar de nuestro destino más auténtico' (una

²⁰ **Ibidem**, pp. 150-1

‘deserción’ que en los demás calificamos de ruinosa, ‘disparate’). Y aquí viene bien la reflexión que el mismo **Ortega** hace a continuación:

-... Todos “saben” que más allá de las justas críticas con que se combaten las manifestaciones del liberalismo, queda la irrevocable verdad de éste, una verdad que no es teórica, científica, intelectual, sino de un orden radicalmente distinto y más decisivo que todo eso -a saber, una verdad de destino-. Las verdades teóricas no sólo son discutibles, sino que todo su sentido y fuerza están en ser discutidas; nacen de la discusión, viven en tanto se discuten y están hechas *exclusivamente* para la discusión. Pero el destino -lo que vitalmente se tiene que ser o no se tiene que ser- no se discute, sino que se acepta o no. Si lo aceptamos, somos auténticos; si no lo aceptamos, somos la negación, la falsificación de nosotros mismos. El destino no consiste en aquello que tenemos ganas de hacer; más bien se reconoce y muestra su claro, riguroso perfil en la conciencia de *tener* que hacer lo que no tenemos ganas.²¹

Una vez más nos topamos con lo importante que es tener en cuenta la complejidad de nuestras convicciones, es decir, que toda convicción, por el hecho de serlo, no tiene el mismo alcance: evidentemente que la actitud crítica es señal de nuestra capacidad de discernir, de evaluar, en una palabra, consecuencia de que somos inteligentes. Pero esta capacidad hay que ejercerla en las verdades teóricas, sean de la índole que sean, y así se acrisolan; pero el destino es ese horizonte que vemos realizado o destrozado en los demás y que normalmente definimos como lo que ‘merece la pena’. El problema está en que este ‘merecer la pena’ tiene que percibirlo la persona en su **conciencia**, y no en sus ‘ganas’ o ‘no ganas’. Pero en una cultura del ‘individualismo hedonista’ y del ‘*can do*’, no hay cabida para la **propia** conciencia, sino que son los demás los que deben actuar ‘en conciencia’.

Esta carencia de ‘conciencia propia’ que nos interpele, hace que nuestra sexualidad se quede sin destino y todo su alcance se reduzca a consumirse en sí misma desde la total arbitrariedad. Una energía tan totalizante se convierte en una amenaza de la que con frecuencia tendremos que defendernos, en vez de experimentarla como una posibilidad dinamizadora y plenificante.

En efecto, vivir ‘sin destino’ es quedarse en un descampado, ‘sin norte’, sin sentido, a merced de la arbitrariedad. Veamos cómo el mismo **Ortega** describe esta situación más adelante:

-Y esta es la pura verdad. Todo el mundo -naciones, individuos- está desmoralizado. Durante una temporada esta desmoralización divierte y hasta vagamente ilusiona. Los inferiores piensan que les han quitado un peso de encima. Los decálogos conservan del tiempo en que eran inscritos sobre piedra o sobre bronce su carácter de pesadumbre. La etimología de mandar significa cargar, ponerle a uno algo en las manos. El que manda es, sin remisión, cargante. Los inferiores de todo el mundo están ya hartos de que les carguen y encarguen, y aprovechan con aire festival este tiempo exonerado de gravosos imperativos. Pero la fiesta dura poco. Sin mandamientos que nos obliguen a vivir de un cierto modo, queda nuestra vida en pura disponibilidad. Esta es la horrible situación íntima en que se encuentran ya las juventudes mejores del mundo. De puro sentirse libres, exentas de trabas, se sienten vacías. Una vida en disponibilidad es mayor negación de sí misma que la muerte. Porque vivir es tener que hacer algo determinado -es cumplir un encargo-, y en la medida en que eludamos poner a algo nuestra existencia, evacuamos nuestra vida. Dentro de poco se oirá un grito formidable en todo el planeta, que subirá, como el aullido de canes innumerables, hasta las estrellas, pidiendo alguien y algo que mande, que imponga un quehacer u obligación.

Vaya esto dicho para los que, con inconsciencia de chicos, nos anuncian que Europa ya no manda. Mandar es dar quehacer a las gentes, meterlas en su destino, en su quicio: impedir su

²¹ **Ibidem**, pp. 151-2

extravagancia, la cual suele ser vagancia, vida vacía, desolación.²²

En efecto, la pura disponibilidad es vacío y desorientación, es sentirse perdido [lo puedo todo, pero no hago nada]. Sólo la determinación nos da contenido: tener que hacer algo ‘que merezca la pena’. Si la sexualidad, que nos pone en juego como totalidad, no tiene un contenido, produce en nosotros la sensación de que estamos dilapidándonos y no nos ‘llena’ (¡que no es lo mismo que estar ‘hartos’!).

Pero esta situación de libertad sexual produce, paradójicamente, una nueva tiranía originada por ella misma. Volvamos a **Lipovetsky**:

—... En los años cincuenta, los mejores observadores señalaban ya la anexión del orden sexual por la dinámica consumista. Identificadas con una distracción fácil de obtener, con un placer frívolo válido por sí mismo, las relaciones sexuales tienen tendencia a convertirse en “bienes de consumo” que pueden elegirse a voluntad, sin auténtico compromiso, un poco como en un autoservicio... Si el sujeto libidinal moderno se beneficia de la relajación de las trabas tradicionales, no por ello está menos dirigido por nuevos modelos estandarizados, por ejemplo la obligación de parecer libre, gozar al máximo, estar a la altura de lo que se espera en el comportamiento erótico. En épocas anteriores predominaba la norma de la mojigatería; en tal caso podríamos tener hoy una “libertad impuesta”, una “manía persecutoria” de nuevo cuño, la de la sexualidad y el “orgasmo obligatorio”.

Este enfoque ha tenido mucha difusión: guiado por autores diversos, no ha dejado de oírse, presentándose como una victoria intelectual alcanzada con gran esfuerzo frente a las ilusiones de la conciencia ideológica. Al cabo de cincuenta años hay una oleada de escritos que atribuyen a la liberación sexual el “chantaje de la erección permanente”, el estajanovismo²³ del hedonismo”, “la tiranía de lo genital”, la dictadura del coito. ¿Creéis que habéis conquistado la libertad? Craso error, porque nuestra época nos ordena sistemáticamente experimentarlo todo, que nos liberemos de los bloqueos e inhibiciones, que gocemos al máximo, que seamos una especie de atletas de la libido. Por lo visto, bajo la apariencia de la permisividad progresa la ferocidad de las normas de la excelencia mensurable, un hedonismo cuantitativo y obligatorio que más que desinhibir a los individuos, los acompleja.

Después del tiempo de transgresión, el de la comercialización de Eros; tras la era del pecado, la del sexo eficaz, hipertécnico y operativo... En la época de la proeza sexual se incita a cada cual a ser una especie de héroe, de Superman de la libido adepto al cero defectos. El imperativo de la eficacia ya no está encerrado en la empresa y el deporte, se ha apoderado también del planeta sexo.²⁴

Sutil venganza de algo que no soporta la arbitrariedad, porque su centralidad junto con su energía desmesurada provocan una tiranía de signo contrario que dilapida.

[c]- Ni el matrimonio ni la libertad sexual ilimitada proporcionan la plena satisfacción [16]

²² **Ibidem**, p 181

²³ Estajanovismo: (de 'G.A.Stajanov', minero ruso que superó todas las marcas de producción). Doctrina de origen soviético que pretende incrementar la productividad laboral incentivando a los trabajadores.

²⁴ **Lipovetsky, La felicidad paradójica**, Ed Anagrama, Barcelona 2007, pp 281-282

No he encontrado nada, pero esto no quiere decir que no tengamos nada que confrontar. Podemos remitirnos a la página 2 de la primera parte de este tema, donde **Freud** hacía esta afirmación, y confrontarlo con nuestros datos.

[d]- Felicidad no es sinónimo de ‘pleno placer’: la frustración no es anormalidad [45]

Ya, en el epígrafe **[D] [a]**, trajimos una cita de **Bruckner** donde aludía a la prostitución como lo que ‘hace del acto más conmovedor... un gesto mecánico’. Ahora quiero traer otra cita del mismo autor, que a primera vista puede parecer fuera de contexto, y sin embargo no lo es, donde plantea la ‘confusión entre comodidad, bienestar y felicidad’:

–Nuestra religión de la economía, elevada al rango de suprema espiritualidad, demuestra que todos somos burgueses de una manera o de otra. La economía es el nuevo absoluto, y con sus criterios juzgamos nuestras satisfacciones y nuestras inquietudes: ha dejado de ser un servicio para convertirse en nuestro destino. De ello se deriva la confusión moderna entre comodidad, bienestar y felicidad, así como nuestra veneración por el dinero: pues todos nos hemos vuelto protestantes –en el sentido de que hablaba Max Weber–, todos creemos en las virtudes del dinero y el dinero como virtud (para ser más exactos, se trata de una variante puritana del protestantismo que ha echado raíces en Norteamérica y desde allí se ha extendido al mundo entero).²⁵

Es decir, parece ser que no podemos movernos sin ‘destino’. El problema está en qué convertimos *nuestro destino*. Y lo que, evidentemente, puede darnos ‘comodidad’ y ‘bienestar’, no quiere decir que se traduzca en felicidad. Lo que no va más allá de ser un medio (‘un servicio’), no puede convertirse en algo que nos ‘llene’, pues nos deja a mitad de camino.

En efecto, la comodidad y el bienestar es algo que puede adquirirse: una ‘incomodidad’ que elimino o un ‘bien’ ausente que adquiero. Pero la felicidad da respuesta a mi persona como totalidad. Quizá esto quede mejor expresado por **G. Lipovetsky** en *La felicidad paradójica*:

- Sin embargo, el gran misterio de la felicidad es que no se reduce a los componentes que permiten o frenan su aparición: por mucho que los reunamos en un conjunto óptimo, la felicidad los sobrepasa a todos, no se deja delimitar ni definir y se desintegra, como el ala de una mariposa, en cuanto creemos tenerla en la mano. Pero, sobre todo, la vida tiene la estructura de una promesa, no de un programa. En cierto modo, nacer es ser prometido a la promesa, a un futuro que palpita frente a nosotros y del cual no sabemos nada. Mientras el porvenir muestre el rostro de lo imprevisible y de lo desconocido, esta promesa tendrá un precio. Es propio de la libertad llevar la existencia a un lugar distinto al esperado, desbaratar los códigos biológicos y sociológicos. La excitación de no saber de qué va a componerse el día de mañana, la incertidumbre de lo que nos espera, son superiores en sí mismas a la regularidad de un placer grabado en nuestras células. En todos los sentidos figurados, hay un valor que supera infinitamente a la felicidad: es lo novelesco, esa maravillosa capacidad del destino para reservarnos sorpresas hasta el final, para asombrarnos, para apartarnos del camino que seguíamos. ¿Acaso no es mejor preferir una historia sin felicidad, pero llena de animación, a una felicidad sin historia? No hay nada peor que esa gente que siempre está contenta, en cualquier circunstancia; gente que parece haberse pintado una mueca radiante en la cara, como si cumpliera una cadena (¿condena?) perpetua de alegría.²⁶

²⁵ P. Bruckner, *La euforia perpetua*, Tusquets, Barcelona 2001, pp. 138-139

²⁶ *Ibidem*, pp 147-8

En efecto, “la frustración no es anormalidad”: *¿Acaso no es mejor preferir una historia sin felicidad, pero llena de animación, a una felicidad sin historia?*, lo cual nos remite a una problemática que da más alcance al destino que a la satisfacción. Y siempre en el destino hay algo de inesperado, que no es lo mismo que ‘estar perdidos’. Toda historia tiene argumento, pero la arbitrariedad carece en absoluto de él. Hay historia cuando desbaratamos ‘*los códigos biológicos y sociológicos*’, pues nunca puede identificarse con lo que llamamos programación, pero no cuando se carece de todo horizonte y todo se reduce a un mero disfrutar o soportar lo que acontece: ahí no hay posibilidad de argumento, sino, a lo más, suerte.

Y así llegamos al siguiente epígrafe, en el que, con palabras del mismo **Freud** nos preguntamos si esta paradójica insatisfacción de nuestra sexualidad no apuntaría *a seguir otros caminos*.

[e]- Sospecha de si *habría algo inherente a la propia esencia de la función sexual que nos priva de satisfacción completa, impulsándonos a seguir otros caminos* [52]

En realidad, esta sospecha es algo que vamos teniendo en la medida en que avanzamos en estas confrontaciones propias y de los demás: nuestra sexualidad parece ofrecer más de lo que de hecho a veces recibimos. Es la pregunta que preside todos estos epígrafes: *¿la sexualidad es algo que sin más se consume?*, porque de no serlo, a algo nos abrirá, a ‘*otros caminos*’.

Pero para ahondar en el alcance de esta pregunta, hemos de pasar al epígrafe siguiente:

[f]- Los instintos sexuales directos están llamados a extinguirse en la satisfacción [38]

En este último epígrafe tocamos fondo. La experiencia generalizada de que todo lo que puede consumirse se extingue en la satisfacción, va más allá del tema que nos ocupa: el que acaba de satisfacer su apetito con una buena comida no puede acudir a otro convite. La sexualidad, con todas sus expectativas, no parece alcanzar en su mera satisfacción una meta posterior. Sin embargo, su intensidad y calado le da un alcance que no tienen otras experiencias gratificantes. Pero confrontemos esta afirmación con vivencias concretas. Y empecemos por **San Agustín**:

Llegué a Cartago. Por doquier, alrededor de mí, hervía con gran ruido la caldera de los amores vergonzosos. **Todavía no amaba, pero me deleitaba con la idea de amar. Sediento de amor hasta lo más íntimo de mí mismo, me lamentaba por no estarlo demasiado todavía. Buscaba el objeto de mi amor y amaba amar;** y odiaba la idea de una vida apacible, de un camino exento de peligros. **Mi corazón desfallecía, vacío del alimento interior, de Ti mismo, Dios mío; y no era de este hambre de la que me sentía hambriento;** no sentía el apetito de los alimentos incorruptibles; no era que estuviese ahíto, pero cuanto más privado de ellos estaba, tanto más me repugnaban. **He aquí, pues, por qué mi alma se sentía mal, y cubierta de úlceras se lanzaba fuera de sí misma, miserablemente ávida de frotarse con las realidades sensibles.** Pero si estas realidades no poseyesen un alma, seguramente uno no sabría amarlas.

Amar y ser amado era la cosa más dulce para mí, sobre todo si podía gozar del cuerpo de la amante. Manchaba, pues, la fuente de la amistad con las inmundicias de la concupiscencia; oscurecía su serenidad con la nube infernal del libertinaje. Repugnante e infame, en el exceso de mi vanidad, me alababa de adquirir maneras dotadas de urbanidad elegante. Así me precipité en el amor, en el que deseaba ser precipitado. **Oh mi Dios, mi misericordia: ¡con cuánta hiel tu bondad sazonó su dulzura para mí! ¡Fui amado! Caí misteriosamente en los lazos del goce, y alegre me hundía en la red de la miseria para ser entregado muy pronto a los azotes del hierro ígneo de los**

celos, de las sospechas, de los temores, de las cóleras y de las querellas.²⁷

'Buscaba el objeto de mi amor y amaba amar'. Exacta formulación del punto de arranque. Pero esto no resultaba tan fácil: 'Amar y ser amado era la cosa más dulce para mí, *sobre todo si podía gozar del cuerpo de la amante*'. Sin embargo, ese 'sobre todo' daba una primacía a la 'concupiscencia' [los deseos sin freno] y 'oscurecía su serenidad'. Es decir, lo que frustraba era su pretendida 'concupiscencia' y 'libertinaje', la apetencia sin más de la satisfacción (que en nuestro epígrafe se describe como algo llamado 'a extinguirse...') y la mera arbitrariedad, es decir, no el compromiso. Ambas cosas parecen defraudar una búsqueda sin límites: 'amar y ser amado'. Más aún, 'los lazos del goce' y la 'alegría' que dichas experiencias proporcionaban, llevaban consigo los 'celos', las 'sospechas', los 'temores', 'cóleras' y 'querellas'. Parece que lo que apuntaba a ser 'fuente de amistad' y 'serenidad', se convertía en 'hiel'. ¿No late aquí el interrogante de Freud en el epígrafe anterior (la privación de la 'completa satisfacción' nos impulsaría a 'seguir otros caminos')?

Pero acudamos a otro gran conocedor del ser humano. Veamos cómo **Cervantes** describe la experiencia del amor como algo dinámico que empezando por el 'apetito' está llamado a culminar en 'verdadero amor':

... Ya cuando él me vino a decir esto, según después se supo, había gozado a la labradora con título de esposo, y esperaba ocasión de descubrirse a su salvo, temeroso de lo que el duque su padre haría cuando supiese su disparate. Sucedió, pues, que, como el amor en los mozos, por la mayor parte, no lo es, sino apetito, el cual, como tiene por último fin el deleite, en llegando a alcanzarle se acaba, y ha de volver atrás aquello que parecía amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso a lo que es verdadero amor...; quiero decir que, así como don Fernando gozó a la labradora, se le aplacaron sus deseos y se resfriaron sus ahínco; y si primero fingía quererse ausentar por remediarlos, ahora de veras procuraba irse por no ponerlos en ejecución.²⁸

Distinción lúcida entre lo que puede 'gozarse' [*como tiene por último fin el deleite, en llegando a alcanzarle se acaba*] que se extingue en la satisfacción, 'término que le puso la naturaleza', mientras no ha puesto término al 'verdadero amor'.

Y aquí puede ser oportuno volver a traer un texto de **Lipovetsky**, que ya citamos en el apartado [2], donde se nos describe la pretensión del 'posmodernismo' buscar a toda costa una felicidad 'satisfecha':

El proyecto de ser feliz tropieza con tres paradojas. Se refiere a un objeto tan indistinto que, a fuerza de imprecisión, se vuelve intimidatorio. Desemboca en el aburrimiento o en la apatía en cuanto se realiza (en este sentido, la felicidad ideal sería una felicidad siempre saciada y siempre hambrienta que evitase la doble trampa de la frustración y de la saciedad). Y, finalmente, huye del sufrimiento hasta el punto de encontrarse desarmada frente a él en cuanto éste resurge.²⁹

Quizá la torpeza esté en identificar, como en otro momento ya vimos, la felicidad con el placer (en cuanto satisfacción), quedando atrapada la pretensión en el callejón sin salida del 'aburrimiento', la 'frustración' o la 'hartura'. La complejidad de la sexualidad humana nos descubría que era puro proceso, y su comienzo, que Freud denominaba 'sexualidad infantil',

²⁷ San Agustín, Confesiones, L 3º, c 1

²⁸ Miguel de Cervantes, Don Quijote de la mancha, I parte, c XXIV

²⁹ P. Bruckner, La euforia perpetua, Tusquets, Barcelona 2001, p. 17

estaba llamado a superarse.³⁰

Pero su diagnóstico es del todo certero cuando todo lo achaca al ‘hedonismo’ de nuestro tiempo:

Nuestro hedonismo, lejos de ser un epicureísmo de buena ley o un dionisismo orgiástico, entraña la desgracia y el fracaso. Por buenos alumnos que seamos, el cuerpo nos sigue traicionando, la edad nos marca, la enfermedad se ceba en nosotros y los placeres van y vienen según un ritmo que no tiene que ver ni con la vigilancia ni con la resolución. No somos ni amos ni señores de nuestros momentos felices, que no se presentan a las citas que les damos y surgen cuando no los estamos esperando. Y la determinación de expurgar o desinfectar todo lo que es débil y frágil en el cuerpo o en el espíritu, la tristeza, la pena, el vacío, tropieza con nuestra finitud, con esa inercia de la especie humana que no se deja manipular como un simple material.³¹

Ahora bien, el fracaso de este ‘hedonismo’ ¿es tan sólo ‘nuestra finitud’? ¿No estaría en la tramposa identificación de la felicidad con el placer? Quizá tendría el mismo **Lipovetsky** que tomar conciencia de una contraposición [un tanto cruel y quizá injusta] que poco antes hace del Dalai-Lama con Gandhi y Martín Luther King:

Lo sorprendente no es que el Dalai-lama seduzca a la gente. Tiene atractivos suficientes, y la gesta tibetana es tan fabulosa como abyecta: la ocupación china. Sino que sucumba al éxito con una alegría casi infantil, cada vez más ávida de publicidad, de foros, de entrevistas. Este profeta, más bien cómico de la legua, está muy lejos de la exigencia ética e histórica de Mahatma Gandhi o de Martin Luther King, dos grandes apóstoles de la no violencia.³²

En efecto, constata que no es lo mismo el horizonte de ‘*una alegría casi infantil*’ con ‘*la exigencia ética e histórica*’ que llevaba consigo un compromiso tan serio que puso en juego sus vidas, es decir, dicho compromiso iba más allá de las gratificaciones ‘eufóricas’ (por usar uno de los términos del título de su obra).

Y la razón profunda de por qué esta ‘felicidad’ no es logro alguno, está en que es tan sólo la manifestación compulsiva de un hedonismo infantil que nos ha convertido en ‘*los galeotes del Placer*’:

Nosotros, los condenados a la Alegría, los galeotes del Placer, hemos conseguido construir pequeños infiernos con las herramientas del Paraíso. Al condenar a la gente a estar encantada so pena de muerte social, el hedonismo se transforma en castigo, en chantaje; todo el mundo cae bajo el yugo de una despótica felicidad. En esta configuración, la infelicidad cobra la dimensión fantástica de lo que se niega y no obstante subsiste: la del aparecido, el espectro que aterroriza aún más porque no sabemos darle nombre.³³

³⁰ En el epígrafe [C] [a] de esta **Confrontación**, aportamos varias citas de esta obra de Lipovetsky, en las que aparece esta problemática.

³¹ **P. Bruckner**, *La euforia perpetua*, Tusquets, Barcelona 2001, p. 69

³² **Ibidem**, p 66

³³ **Ibidem**, p 70

Más brillantes no pueden ser las imágenes: ‘condenados a la Alegría’, ‘el hedonismo se transforma en castigo’... Convertir en fin lo que está llamado a ser sorpresa y don, es hacer de lo que paradójicamente ‘merece la pena’ y nos lleva a ponernos en juego desde el riesgo (compromiso), en algo que hay que asegurar como sea y al no llegar nos sume en la frustración. Volviendo a nuestro epígrafe, sería convertir en fin lo que ‘está llamado a extinguirse en la satisfacción’. Si nuestras apuestas no apuntan a algo que ‘merezca la pena’ (¡les asusta ‘la pena’ porque lo que pretenden es la ‘satisfacción’!), nunca nos darán un sentido y todo dependerá de la ‘suerte’, mientras que el ‘compromiso’ pone en juego y se traduce en esfuerzo, que es lo mismo que decir que cuenta con la dificultad.

Con estas aportaciones pretendo describir una realidad que no sólo nos rodea, sino que nos moldea. En la medida en que constatemos en nosotros la realidad que describen, servirán de algo.

Ahora vamos a acudir a un novelista que intenta describir vivencias, cosa más fácil de confrontar. **Javier Marías**, en el segundo volumen de su trilogía **Tu rostro mañana**, se para, con perplejidad, a constatar la cantidad de contradicciones que encierra la experiencia humana:

- ... Sí, todo es ridículo y subjetivo y parcial hasta extremos insoportables, porque todo encierra su contrario, se depende excesivamente del momento y el lugar y la virulencia y la dosis, según cuáles sean éstas hay enfermedad o hay vacuna, o hay muerte o embellecimiento, al igual que todo amor lleva en su seno su hartazgo y su saciedad todo deseo y su empacho todo anhelo, y así las mismas personas en las mismas posición y sitio se aman y no se aguantan en diferentes periodos, hoy, mañana; y lo que en ellas era afianzada costumbre se vuelve paulatinamente o de pronto –tanto da, eso es lo de menos- inaceptable e improcedente, y el tacto o roce tan descontado entre ambas se convierte en osadía u ofensa, lo que gustaba y hacía gracia del otro se detesta y estomaga ahora y se maldice y revienta, y las palabras ayer ansiadas envenenarían hoy el aire y provocarían náuseas y no quieren más oírse bajo ningún concepto, y las dichas un millar de veces se intenta que ya no cuenten...³⁴

En efecto, nadie puede negar esta experiencia desconcertante. Pero si nos paramos ahí, nada tiene sentido: todo puede convertirse en su contrario y sin saber por qué. Sin embargo, esta experiencia nos descubre algo importantísimo: no es la realidad en sí (el hecho exterior) lo que decide, sino nuestra percepción de ella. ¿Qué es pues lo que cambia en mí para que la misma realidad suscite experiencias contradictorias?

Voy a aportar un texto crudo de la misma novela de **Javier Marías**, que puede expresar con exactitud vivencias cotidianas [¡hoy día!], dentro de la ‘corrección’, que no pasan del mero consumo de sexo pero sin implicar a las personas en cuanto tales. Digo correcto en el sentido de que se observan estrictamente las normas establecidas, no sólo en cuanto comportamiento (nada forzado: espera la señal de libre aceptación [*“me puso sobre las mejillas las palmas bien abiertas de sus manos... para mí la señal del consentimiento, el permiso, el acuerdo”*]), sino higiénicamente (busca rápidamente el preservativo), pero donde no se da comunicación personal alguna (no ya de palabra, sino de gestos, fuera de ese ‘implícito’ permiso, pero “no

³⁴ **Javier Marías, Tu rostro mañana**, vol. 2º (Baile y sueño) Ed. Debolsillo, 2ª de, 2008, p 184

hubo más señales por parte de ninguno de que estuviera sucediendo lo que sucedía... fingimos fingir... como si aquello se produjera en ausencia nuestra...”, como él mismo lo va a referir por ‘la postura’ more ferarum):

–... Y eso fue suficiente –o pretexto- para que la joven Pérez Nuix se despertara o simulara que se despertaba. Y fue entonces cuando por primera y única vez en toda aquella noche que pasamos juntos no fui para ella invisible, pese a estar a oscuras: se dio la vuelta y me puso sobre las mejillas las palmas bien abiertas de sus manos como si me profesara afecto, las palmas suaves; me miró a los ojos durante unos cuantos segundos (uno, dos, tres, cuatro; y cinco; o seis, siete, ocho; y nueve, o diez, once, doce; y trece) y me sonrió y se rió mientras con delicadeza me cogía o me sujetaba la cara, como a veces hacía Luisa cuando su cama era aún la mía y no teníamos todavía sueño, o no el bastante para darnos las buenas noches y la espalda hasta la mañana, o cuando yo la visitaba tarde como un espectro al que se ha dado cita y se espera, y me acogía. Sólo entonces no fue invisible para Pérez Nuix, justo cuando luz no había. Mis ojos estaban acostumbrados a ver en la penumbra de mi alcoba sin persianas ni contraventanas, como casi todas las de aquella isla grande que se adormece con un ojo abierto; pero no los ojos de ella, que no conocían el espacio. Aun así me miró y sonrió y se rió, fue breve. Luego se dio de nuevo media vuelta y me ofreció la espalda, adoptó la misma postura que antes como si no hubiera ocurrido ese mirarse en penumbra y se dispusiera a seguir durmiendo. Pero sí había ocurrido, y esa fue para mí la señal del consentimiento, el permiso, el acuerdo, y me hizo salir de la cama un momento y buscar como un rayo un preservativo y ponérmelo, y regresar con mucha más seguridad y aplomo a mi propia posición de antes, y al roce y al tanteo y al ligero empuje, ahora ya no contra las nalgas sino un poco más abajo, hacia la humedad y el pasaje, hacia el pasadizo, *more ferarum*, a la manera de las fieras, así se llama el latinajo. Ella no se movió, o no al principio de mi deslizamiento ahora fácil (‘Me la estoy follando’, pensé al adentrarme, y no pude evitarlo), se dejó hacer, no participó si es que eso puede decirse o es posible, en todo caso no hablamos, no hubo más señales por parte de ninguno de que estuviera sucediendo lo que sucedía, cómo expresarlo, fingimos fingir estar dormidos y no enterarnos, no reconocérmolos, como si aquello se produjera en ausencia nuestra o sin nuestro conocimiento, aunque en algunos instantes se le escaparon a ella sonidos y quizá también a mi término, los reprimí a conciencia, según mi criterio me limité tan sólo a respirar más hondo, a suspirar a lo sumo, peor quién sabe, uno se oye poco a sí mismo, en todo caso los sonidos y aun los gemidos son admisibles dentro del sueño, hay quien incluso lanza parlamentos enteros dormido y no por ello es acusado de estar consciente. No se oía, tampoco se veía casi nada, yo sólo veía su nuca en la oscuridad y demasiado cerca, y sin duda por eso se me representaron visiones, las que acababa de contemplar durante largo rato en el salón (‘Será breve, un momento’, me había anunciado desde la calle, hasta qué punto habría sabido lo falso de eso), las cremalleras de sus botas bajando y subiendo, la carrera de sus medias que le avanzaban por todas partes pero sobre todo muslos arriba, como si indicara el camino: y también otra visión más antigua, la de su pecho descubierto, una falda estrecha, en la mano una toalla y un brazo alzado que añadía un suplemento de desnudez a la imagen al mostrar sin pudor la axila limpia y tersa y recién lavada y por supuesto afeitada, aquella mañana temprano en el edificio sin nombre, aquella vez en que el rubor no la asaltó y a mí me dio por pensar que la joven Pérez Nuix no me descartaba, o no me excluía enteramente aunque tampoco se sintiera atraída, tras verse vista por mí y decidir no taparse, o tal vez no había habido ni decisión por medio. Fue todo silencioso y tímido, en verdad fue fantasmal y no hubo apenas más cambios, sólo al cabo de un rato noté también el empuje suyo, ya no sólo era el mío y ninguno era ya disimulado ni leve, era como si nos abrazáramos con fuerza sin utilizar los brazos, ella apretaba hacia mí y yo hacia ella, pero nada más con una parte del cuerpo, la misma en ambos como si sólo fuéramos esa o sólo en ella consistiéramos, parecía que nos tuviéramos prohibido enlazarnos de ninguna otra forma, ni con los brazos ni con las piernas ni por la cintura ni con los besos. Creo que ni siquiera nos cogimos la mano.³⁵

³⁵ *Ibidem*, pp. 150-2

”... *pero nada más con una parte del cuerpo, la misma en ambos como si sólo fuéramos esa o sólo en ella consintiéramos... ni siquiera nos cogimos la mano*”. Puede darse ‘corrección’ en la más absoluta incomunicación, una ausencia que convierte el suceso en algo fantasmal, inexpresivo.

Pero la escena no cae en el vacío. En esas pausas inesperadas que surgen en su relato, en las que se para a tomar conciencia de lo que está viviendo, quiero traer una en la que se pregunta por su situación: a raíz de su separación ha vuelto a Londres donde ha encontrado un trabajo un tanto enigmático y vive una existencia que le resulta nueva. Pero veamos su descripción:

—... A mí me estaban ocurriendo cosas que había callado en la distancia: había perdido pie sin duda, o asideros, juicio, me dedicaba a una tarea cuyas consecuencias ignoraba o incluso si las había, a cambio de un salario sospechoso por alto; se me habían introducido venenos desconocidos hasta entonces, y en efecto llevaba una existencia más fantasmal cada día, inmerso en el estado onírico del que vive en país ajeno y empieza a no pensar siempre en su lengua, muy solo allí en Londres aunque rodeado de personas a diario, eran todas del trabajo y no cuajaban como amistades puras, ni siquiera Pérez Nuix se me había hecho muy distinta —ni mi amante, no lo era al no haber habido repetición ni risas— tras la noche compartida carnalmente con ella, lo habíamos disimulado y silenciado en exceso, ante los demás y ante nosotros mismos, y lo que se finge que no ha ocurrido y siempre es tácito acaba por no haber sucedido, aunque sepamos lo contrario: ambas cosas son ciertas, lo que escribió Jorge Manrique en las *Coplas por la muerte de su padre*, hace unos quinientos treinta años y a tan sólo dos de su propia muerte temprana antes de cumplir los cuarenta, herido por un arcabuzazo cuando asaltaba un castillo (...) —‘Si juzgamos sabiamente, daremos lo no venido por pasado’-, y exactamente lo opuesto, y entonces podremos dar lo pasado por no venido, por no venido cuanto nos ha pasado y nuestra vida entera por no habida. Y así qué importa cuanto en ella hagamos, o por qué será que nos importa tanto...³⁶

La nueva situación es descrita como sin ‘asideros’, experimentando ‘venenos desconocidos’, una ‘existencia fantasmal’, rodeado de personas que ‘no cuajaban como amistades puras’, y en ese momento alude a su experiencia con Pérez Nuix, episodio que define como una ‘noche compartida carnalmente con ella’ (¡pero nada más!), lo cual hace que sea un hecho ‘disimulado y silenciado en exceso, ante los demás y ante nosotros mismos’, para a continuación sacar una conclusión decisiva para nuestro tema (según mi parecer): ‘lo que se finge que no ha ocurrido y siempre es tácito acaba por no haber sucedido, aunque sepamos lo contrario’.

En efecto, ¿qué sentido tiene que algo de intensidad tan fuerte (*la experiencia placentera más poderosa y subyugante* en palabras de **Freud**) carezca de sitio en la propia existencia, hasta el punto de ‘disimularlo’, ‘silenciarlo’ y ‘fingirlo’, acabando por ‘no haber sucedido’? ¿No será que, algo que está llamado a hacer presente a la persona (en cuanto ser corporal) de la forma más expresiva, cuando ésta no ha participado, queda olvidado? Es decir, deja de ser ‘argumento’ de nuestra vida. En una palabra, lo que hoy nos afanamos en reducirlo al círculo más estricto de la ‘intimidad’, al parecer está llamado a ser lo más expresivo y noticiable, so pena de desaparecer de la propia existencia. ¿No es la celebración de una boda, en cualquier cultura, la fiesta estrella (es decir, lo más opuesto al disimulo, el silencio o el fingimiento, en una palabra, al ‘intimismo’)?

³⁶ **Ibidem**, pp. 329-0

En otra de sus pausas reflexivas, a raíz de sus celos, ante la sospecha de que Luisa está relacionándose con Custorday y los signos externos no son tranquilizantes, de repente surgen en él las siguientes reflexiones:

–Me di cuenta de que era la primera vez que lo decía y también que lo pensaba o me lo figuraba de veras, como algo real y regular, continuado: ‘... y se acostará con él como si nada’, había salido de mi boca. Sí, claro, se acostaban, es una de las gracias de los noviazgos y es la costumbre. ‘Pero eso no significa mucho, no por fuerza’, me apresuré a pensar para rebajar la imaginación fugaz y las palabras; ‘también yo me he acostado con Pérez Nuix y con otras y es casi como si no hubiera ocurrido. No están en mi pensamiento, no me acuerdo de ellas, o sólo de tarde en tarde y sin emoción alguna. Bueno, con Pérez Nuix es distinto, porque la veo a diario y cada vez que la veo me acuerdo o más bien lo sé, aunque mi polvo con ella fuera el más impersonal, cómo decir, casi a ciegas, casi anónimo, silente. También me acosté con otras mujeres regular y continuadamente, en el pasado, con Clare Bayes en Inglaterra sin ir más lejos, o con aquella novia en Toscana a la que debo mi italiano. Y qué, son sólo datos de un archivo, registrados hechos que desde hace mucho no me condicionan ni influyen. No, eso no significa gran cosa, una vez que cesa. Lo único es que lo de Luisa está sucediendo y aún no ha cesado, y además le hace daño y nos amenaza a todos, a los cuatro.’³⁷

La nueva alusión al episodio con Pérez Nuix, en un intento de equiparlo a lo que en él provoca celos es interesante. Aquí añade nuevos apelativos a aquella experiencia (¿un ‘veneno’ desconocido para él?). Por lo pronto lo denomina ‘polvo’ y lo equipara a otras relaciones similares cuyo recuerdo es ‘sin emoción alguna’, porque en realidad fue ‘el más impersonal... casi a ciegas, casi anónimo, silente... como datos de un archivo...’ Pero no se resigna a equiparlo a cualquier experiencia relacionada con Luisa...

Retomando el apartado [E] al parecer es verdad: que una sexualidad vivida estrictamente como consumo, no da respuesta a nada y queda silenciada, es decir que no proporciona ‘progreso’ alguno (argumento en mi vida) [a], por tanto ‘no soporta la arbitrariedad’ [b], más aún, ‘ni el matrimonio ni la libertad sexual ilimitada proporciona la plena satisfacción’ [c], ya que el ‘puro placer’ sin más no tiene nada que ver con la felicidad [d], lo cual nos lleva a la sospecha de si nuestra sexualidad no estará destinada a abrirnos ‘otros caminos’ [e], para terminar con la constatación [la experiencia] de que ‘los instintos sexuales directos [que son satisfechos], están llamados a extinguirse en la satisfacción’ [f].

Quizá no esté fuera de lugar la reflexión de **Ortega y Gasset** a propósito de ‘los siglos satisfechos’:

- ... Pero ahora caemos en la cuenta de que esos siglos tan satisfechos, tan logrados, están muertos por dentro. *La auténtica plenitud vital no consiste en la satisfacción, en el logro, en la arribada.* Ya decía Cervantes que “el camino es siempre mejor que la posada”. Un tiempo que ha satisfecho su deseo, su ideal, es que ya no desea nada más, que se le ha secado la fontana del desear. Es decir, que la famosa plenitud es en realidad una conclusión...³⁸

Pero es el deseo que puede ‘consumirse’. Es lo que Freud denominaba ‘instintos sexuales

³⁷ **Ibidem**, pp 379-381

³⁸ **José Ortega y Gasset, La rebelión de las masas**, Ed. Austral, p 91

libres'. Sin embargo, aquí no acaba nuestra búsqueda. El mismo desarrollo del apartado [E] nos ha abierto interrogantes. La sexualidad en sí misma como algo consumible parece no responder a las expectativas de 'felicidad' que en principio despierta. ¿Esto supone abrirnos a una 'trascendencia'? A ello nos lleva el concepto de sublimación, que la plasticidad de la sexualidad humana hace posible, según Freud.

C. Interpelaciones personales:

Si cada tema no es confrontado con los propios datos, difícilmente podemos pasar al siguiente. Sólo en la medida en que nos dejemos interpelar personalmente tendrá sentido nuestra búsqueda.

Lo que planteábamos al comienzo, en la **Introducción** ["La sexualidad humana, ¿tarea o problema?"], sólo podremos darle respuesta en la medida que vayamos constatando en nuestra experiencia algo con lo que nos encontramos y que, como vamos viendo, es puro proceso, no programado ni asegurado y, por lo tanto, pendiente de la respuesta de cada uno. ¿Somos puro 'estímulo-respuesta' o capaces de evaluar nuestras experiencias? ¿Somos pura anécdota o tenemos capacidad de dar un argumento a nuestra vida? ¿Estamos llamados a terminar 'hartos' o podemos abrirnos a una 'tarea' que nos dinamiza y 'merece la pena'...